

REAL ACADEMIA DE BELLAS ARTES DE SAN FERNANDO

DISCURSO

LEÍDO POR EL ILMO. SEÑOR

DON JOSÉ PLANES PEÑALVER

EN EL ACTO DE SU RECEPCIÓN PÚBLICA

Y CONTESTACIÓN DEL EXCMO. SEÑOR

DON JOSÉ FRANCÉS

SECRETARIO GENERAL DE LA CORPORACION

EL DÍA 6 DE NOVIEMBRE DE 1960



M A D R I D
M C M L X

REAL ACADEMIA DE BELLAS ARTES
DE SAN FERNANDO

INSTITUTO VENEZOLANO DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS
DEPARTAMENTO DE INVESTIGACIONES BIOLÓGICAS

Depósito legal M 10.649-1960

DISCURSOS

LEÍDOS ANTE LA

REAL ACADEMIA DE BELLAS ARTES
DE SAN FERNANDO

EN LA RECEPCIÓN PÚBLICA DEL

ILMO. SR. D. JOSÉ PLANES PEÑALVER

EL DÍA 6 DE NOVIEMBRE DE 1960



MADRID
M C M L X

D I S C U R S O

DEL

Ilmo. Sr.

D. JOSÉ PLANES PEÑALVER

« DESNUDO »

Bronce, de José Planes, donado por su autor a la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando con motivo de su ingreso en la Corporación



EXCELENTÍSIMOS SEÑORES:

MI EXCLUSIVA DEDICACION al arte de la escultura, que se expresa por un alfabeto rudo y potente, con el que he hablado durante toda una vida de trabajo, me exime en este fundamental instante, y en virtud del Reglamento de la entidad que me acoge, de agobiaros con una pieza oratoria, para la que no tengo la necesaria preparación. Mi discurso, creo, queda en parte resumido en esta escultura en bronce que nos acompaña y que la Real Academia de Bellas Artes me ha hecho el honor de aceptar para el Museo de esta digna Corporación.

Mas, para rendir el homenaje sincero y sencillo a la gran personalidad cuyo sillón pasaré a ocupar desde hoy, no quiero que me falten las debidas palabras. Al fallecer el 4 de noviembre de 1958 el insigne escultor José Clará, se cerraba un ciclo muy importante en el arte plástico español. Representaba el artista catalán una individualidad gloriosa en la continuidad viva de la historia del arte, unida al más noble sentido académico, o sea, el de la tradición, entendida ésta como lo que cada tiempo entrega al que le sucede.

Dos notas esenciales caracterizan el arte de Clará. De una parte, su gran abundancia de medios expresivos y, de otra, un ideal de síntesis que prevalece en una obra definitiva. Luchó Clará, como todo escultor, con una materia de por sí rebelde y que en su existencia natural, antes de someterse al dominio del arte, ya es bella. El bloque, en su estado primitivo, lanza al artista un reto al que no todos somos capaces de responder. Clará supo siempre dominar la materia y no con un frío clasicismo, sino con un clasicismo vivo. Pudo caer Clará en la anécdota conmemorativa al gusto de los amantes del mero parecido externo, pero había en él una sensibilidad novecentista, que le salvó del realismo superficial.

Su aprendizaje en París, en los primeros años de nuestro siglo, lo enlaza con el magisterio de Maillol, como él, profundo mediterráneo. Por eso retorna de un modo directo a los temas del clasicismo griego, apareciendo ya como un artista preocupado por devolver la palpitación al frío desnudo escultórico anterior a su época. Ese temblor vital lo lleva a sus dibujos y a sus mármoles. Entre ellos, ninguno más palpitante, por cierto, que el de Isadora Duncan, la bailarina norteamericana, intérprete de un nuevo clasicismo de la danza, que posó varias veces para él.

Entre las grandes obras de Clará, debemos recordar «La Diosa», de 1910, donde el artista consigue uno de sus mejores aciertos monumentales, al rechazar en esta figura la inutilidad del detalle y encarnarla en su propia materia sin referencia a ningún ambiente determinado, pero ofreciendo los límites de toda posible contemplación. En cambio, en su obra «Serenidad», también figura femenina, extrema Clará un concepto de la escultura en la que

los volúmenes, sometidos como en la anterior a la ley de su peso, armonizan con el ambiente propio a que se destinan.

Por tales razones de reconocimiento a la meritoria labor de mi antecesor, comprendo la responsabilidad que contraigo al sucederle en su sillón académico. Me honra, a la vez, que siendo yo de similar origen nativo, pueda sustituir en el seno de la Academia a quien nos ofreció tantas lecciones de luminosidad mediterránea. Y me enorgullece recordar que el ilustre nombre de Clará, como Presidente del Jurado de la Exposición Nacional de Bellas Artes, celebrada en 1943, quedase íntimamente unido a la concesión de primera medalla, con que en ella fuí galardonado. Justifíquese así, en lo posible, mi incorporación a esta Real Academia de San Fernando, que tanto me honra cuanto me obliga a servirla.

Sean mis últimas palabras para exponer mi deseo de que una gran claridad envuelva el mundo del arte, de manera que se comprendan y se estimen todos sus movimientos; los que nacen ahora a la vida y los que viven hace siglos, siempre que les haya alentado un verdadero espíritu creador.

D I S C U R S O

DEL

Excmo. Sr.

D. JOSÉ FRANCÉS

SEÑORES ACADEMICOS:

AL DAR HOY la bienvenida de nuestra Corporación a un auténtico maestro de la escultura actual y a un amigo dilecto de noble convivencia, se repite para mí la honrosa misión de ser portavoz de vuestro justo acierto electivo.

Hace treinta y cinco años cumplí tan elevada misión al contestar al discurso de ingreso de José Clará; ahora me siento igualmente ufano de servirla para enaltecer a José Planes, que con toda legitimidad artística le sustituye.

Sinceramente me conmueve y agradezco la benévola y reiterada confianza que depositan en mí, no sólo por lo que significa el coincidente motivo de evocar la gloriosa figura desaparecida y acoger a la que viene a sucederla, sino porque entre ambas ocasiones de testimonio admirativo, heraldeé asimismo el advenimiento de otros maestros indiscutibles, prez y orgullo de nuestra Sección de Escultura: Victorio Macho, José Capuz, Juan Adsuara y Jacinto Higuera.

A la memoria de este último, y a la presencia y convivencia de los tres anteriores, vuelvo a rendir homenaje.

TERMINA JOSE PLANES su breve discurso —henchido de verdadero sentido y devoción estéticos, de cuanto fueron la vida y la obra de José Clará—, con una invocación de plenitud espiritual. «Sean mis últimas palabras —ha dicho— para exponer un deseo de que una gran claridad envuelva el mundo del arte, de manera que se comprenda y se estimen todos sus movimientos: los que nacen ahora a la vida y los que viven hace siglos, siempre que los haya alentado un verdadero espíritu creador.»

Esta franca exigencia autodefine a nuestro nuevo compañero de manera concreta y expresiva. Porque él entra, a su hora, en nuestra Real Academia, como la mejor afirmación del verdadero artista moderno, hijo de su tiempo y situado, por convicción y capacidad primigenias, equidistante del buen ayer y del mal hoy.

No se me oculta, antes me acucia a destacarlo, el posible entrecchoque de opiniones que puede motivar la entrada de José Planes en la Real Academia, por cómo esa independencia y seguridad suyas —dentro o frente a lo tendencioso y lo polémico de nuestros días—, se manifiestan.

En alguna ocasión he aludido a lo que es y representa la función de la Academia y al cumplimiento honesto de ello, al margen de diatribas impacientes o intransigencias retrógradas.

Consentidme que recuerde ahora algo de lo dicho entonces.

Manoseado tópico —propio de las adolescencias eruptivas y de las prolongadas pigracias intelectuales, cuando éstas empiezan a sentirse decepcionadas— es el de la fobia antiacadémica.

Ningún escritor, ningún artista dejaron en los comien-

zos audaces y en las codicias prematuras, de apostrofar a las Academias.

Sin embargo, las Academias van poco a poco desconcertando a sus detractores espontáneos o forzosos. Se descubre, y puede comprobarse en ellas, el deseo de un dinamismo fecundo, el ansia de una coetaneidad eficaz.

No son, ciertamente, aquellos asilos gloriosos de la invalidez intelectual, reductos inexpugnables a las evoluciones finiseculares o primoseculares de que se las acusara en otros tiempos.

El pasado tiene en las Academias encendida perennemente una lámpara votiva.

Pero no por ello le está negado el contacto directo con lo actual; el interés curioso por los nuevos criterios estéticos, la simpatía activa hacia las tendencias modernas.

Están obligadas las Academias, por los fundamentos iniciales de su constitución funcional, a no obrar irreflexiblemente en la aceptación de los fenómenos adventicios; en pugna, a veces, con las inconoclastias turbulentas y las falsificaciones gregarias de los incapaces.

Nada exige a la Academia una parálisis progresiva, una enclaustración ideológica, un tajado abismo entre el dinámico agitarse de la vida coetánea y las obras y normas pretéritas.

Las Academias —la nuestra concretamente— se remozan, adquieren una libertad de acción y una externa influencia que las hace más asequibles a los que no precisan abdicar de su culto y holocausto al pasado, pero también a la clarividencia de lo venidero. Esto es —según ha expresado sagazmente José Planes— «la comprensión hacia lo que nace a la vida y lo secular perdurable siempre que los haya alentado verdadero espíritu creador.»

Fiel a ese concepto primordial del arte, José Planes se nos ofrece libre y ponderado, ajeno por innata jerarquía al impersonal gregarismo de los toscos indotados, de los arrivistas aprovechantes de la actualería facilona de internacional tendencia.

Mi primer contacto con José Planes fue con motivo de una exposición suya en un viejo y ya desaparecido saloncito de exposiciones del Ateneo de Madrid. Han transcurrido más de cuarenta años.

Y no olvido la sensación de buen augurio de su juvenil ímpetu y la honda racialidad temperamental bien definida. Venía de su tierra del Sur, ungido ya para siempre por la feliz reminiscencia mediterránea de su origen levantino.

Se le hallaban, pronto, aliento fuerte y serenidad sobria. No había que buscarle ni atribuirle balbuceos plásticos de pegadizo clasicismo, porque sería erróneo e inútil intentarlo. Daba la impresión de continuidad y enlace generacional con los futuros maestros, **llegados** antes: Macho, Capuz, Julio Antonio. Se presentía ya la inclinación peculiar de su arte hacia la expresión femenina, entonces todo suavidades y delicadezas inéditas, intuídas, que luego habrían de afianzar la línea armoniosa del modelo en una disciplina estilística de inteligente melodía formal.

Desde aquella exhibición hasta el reciente Monumento a Felipe II, en El Escorial, coetáneo con la creación de sus estatuas del Banco de Santander, ¡qué extraordinaria tenacidad bella y consecuente canalización del fértil, caudaloso río, sensitivo y sensible, de este artista dotado y descontento, sin miedo ni arrogancia a sus aparentes desconformidades consigo mismo y sin desaliento a lo largo de jornadas indistintas!

Y sobre todo —lo que importa mucho revelar ahora— nada de cuanto ha deseado y merecido: La cimentación de lo que no se improvisa, la maestría creciente sin dejar de ser nunca aprendizaje tenaz y de seria humildad; el afán de **ser él**, dentro o fuera de lo que los demás quieren ser y pocos logran.

Porque José Planes tiene lo que importa y no avergüenza nunca a un artista que se renueva y evoluciona por la propia voluntad en tensión firme, no en piruetas repentinas o serie de tanteos claudicantes.

Nada falta, antes bien rebosa y se desborda: lo ecoico de triunfos y realces oficiales que evocan ficheros y archivos para referencias biográficas y atestiguan lo perdurable en unos y ocasional en otros.

Porque aquel mozo menudo, cetrino, de mirar buído, risa pronta, ingenio ágil, afabilidad contagiosa o rigor combativo (en cada caso), y apasionado obrar de belleza constante —que irrumpió en la vida artística española desde Espinardo, su pueblo natal murciano, en la primera década de este siglo—, estaba rectamente destinado a obtener un prestigio sólido reconocido por positivos valores propios: Gran Premio Nacional de Escultura; primeras medallas en las Exposiciones Nacional de Madrid y Barcelona y Bienales de España e Hispano América. Miembro de la Academia de Alfonso X, el Sabio, e Hijo Predilecto de Murcia. Profesor de la Escuela de Artes y Oficios Artísticos, de Madrid. Autor de numerosos monumentos públicos y ornatos escultóricos en diversos edificios del Estado, Diputación y Ayuntamientos. Existen obras suyas en Museos de España, Francia, Portugal, Cuba, República Argentina, Venezuela y colecciones particulares nacionales y extranjeras.

En la producción total de José Planes cuentan en crecido número, y destacan con subido mérito, sus creaciones de carácter religioso. No en vano se le debe considerar como uno de los más excelentes imagineros levantinos. Acuden ante sus obras de este género el nombre y la tradición de Salzillo, su coterráneo. Pero sin que ello suponga remedo o mediocre influencia, sino una razón más de lo acendrado de su temperamento al espíritu de su raza y al hondo sentir de un misticismo de sensibilidad congénita.

Casi la totalidad de sus obras religiosas significa la tradicional asimilación y el tributo filial al concepto y el sentimiento de la imaginería levantina. Testimonios de ello se conservan en templos y añaden riqueza de buen arte a las procesiones de Semana Santa en pueblos y ciudades provinciales de Murcia, como Cartagena, Lorca, Jumilla, Cieza, Abarán y Espinardo, a los que deberán añadirse el admirable Cristo yacente en el templo del Carmen en Madrid, y otras imágenes conservadas y admiradas en Isla Cristina y Ayamonte, de Huelva; Valdepeñas, de Ciudad Real y las de Madrid y Coimbra.

El experto dominio técnico, la inspirada unción, la riqueza y pompa de su policromado, marcan singular contraste con la limpia y serena paganía de sus desnudos.

Porque es en la interpretación del desnudo femenino donde hallamos íntegro y con elegante elocuencia personal, inconfundible, a José Planes.

El profesor Antonio Oliver, acaso el más certero y ahincado exégeta del artista, ha sabido interpretar en una excelente monografía el encanto afirmativo y severo emanante de esas figuras que han añadido una sensación plástica nueva a la moderna estatuaría de nuestro tiempo, sin de-

jarse extraviar él ni confundir a los demás con la mísera copistería sistemática de otras tendencias foráneas o subalternas indígenas:

«Su curva es casta, pura y amorosa y no se va nunca por las ramas, sino que engendra los volúmenes y las formas precisas y esenciales, suprimiendo todo lo innecesario y lo superfluo, sin caer, no obstante, en seca austeridad. La curva planesiana basamenta figuras de un modo recio y acentuado, se torna jugosa en los torsos y, perdiendo gravitación, se adelgaza hasta llegar a cabezas y rostros apenas insinuados, como sumergidos en aires y aguas mitológicos.»

Y es bien exacta, vidente y evidente, esta interpretación de Oliver acerca de la estatuaria planesiana, que demuestra cómo el insigne escultor ha ido, desde hace veinte años, persiguiendo con riguroso propósito, hasta conseguirlo, la más pura simplificación técnica e ideológica.

No responde su indudable logro al criterio de una eliminación arbitraria del estilo, sino a una espiritualidad creciente del tema preferido. A partir de **La Danzarina** (1931), las **Bañistas**, de 1932, y la **Eva**, de 1941, desde un realismo macizo y fuertemente carnalizado, a esta quintaesencia de sencillez escueta de lo estático, de lo más reconcentrado en sí mismo hasta alcanzar la sabiduría primaria de la escultura en su fundamento integral.

Conviene reconocerlo así porque, detrás de lo que hoy ha querido ser y es José Planes, hay toda una larga historia de sincera y honesta labor de verdades sucesivas, disciplinadas y capacitadas.

Sea, por tanto, recibido como se merece el nuevo compañero, que viene a compartir nuestras tareas y nuestra fe en lo eterno y vario de las Bellas Artes.

HAUSER Y MENET, S. A.
MADRID

